

Destellos de ámbar



SI BUSCÁIS AL SEÑOR ÁMBAR en una tarde despejada y calurosa, hacedlo en los bancos del jardín, al abrigo de los árboles. No obstante, no lo hallaréis sentado bajo la sombra, sino a pleno sol, inmóvil, con su huesuda espalda encorvada y con la cabeza inclinada como prestando atención a algo y permitiendo que la luz bañe su ojo izquierdo.

Suelo aproximarme a él cuidadosamente cuando lo veo desde la terraza.

—Hola —le digo.

—Ah, es usted. ¿Qué tal le va? —contesta.

—Bien —le respondo.

Y me siento a su lado. A su derecha, en concreto.

Su voz es extremadamente delicada, tanto que no pasa de un tenue hilo, incluso las pocas veces en que, por la razón

que sea, se muestra malhumorado, sorprendido o risueño. Tal es su aversión a alzar la voz que, si desea solicitar algún favor a alguien que no está junto a él, prefiere esperar a que, por azar, esa persona acabe acercándose, antes que llamarla.

Por lo visto, al principio se barajó la idea de que algún problema en sus cuerdas vocales fuera la causa de tan sigiloso modo de hablar. Pero, tras diversas pruebas médicas y ejercicios de foniatría prescritos por un logopeda, siguió igual, sin remedio aparente. De hecho, si se le pregunta al propio señor Ámbar por su empecinada reticencia en no elevar la voz y por su desagrado e irritación respecto a cualquier tipo de ruido, su explicación es escueta e incoherente:

—Mamá me lo ha prohibido.

Lo que más extraña es que lo dice como si en ese mismo instante su madre estuviera allí presente, de pie ante él. Esta frase siempre sale de sus labios con más suavidad de lo habitual, aderezada con una pizca de prudencia y una profunda ternura que transmite todo el amor que le profesa a su mamá. Basta escucharlo una sola vez para darse cuenta de ello.

Encuentro especialmente encantadora su manera de hablar y me permito aproximar mucho mi rostro al suyo, con la simple excusa de que, si no acerco mi oído a sus labios, me resulta imposible oírlo. Me seduce la idea de que soy yo la única persona privilegiada que consigue captar aquel sutil y

secreto susurro a punto siempre de desvanecerse en el aire. Y ni el viento que agita las flores del parterre ni las abejas que se esconden en los pétalos de las flores logran estropearme esos instantes gozosos junto al señor Ámbar.

Pasamos largo tiempo hablando los dos solos. Ocasionalmente, desde una ventana abierta de par en par, llega hasta nosotros el sonido de un violín, que alguien parece estar afinando y, a intervalos, una voz que se afana en ensayar un aria.

—Vale, entendido —le concedo en voz tan baja (como si yo misma me sometiera a la prohibición de la mamá) que mis palabras apenas pueden distinguirse del tenue aliento que exhalo en el lóbulo de su oreja.

A medida que el sol descende, la sombra de los árboles va acercándose sigilosa al lugar donde estamos hasta que finalmente nos cubre. Cuando ello ocurre, nos trasladamos a otro banco y, una vez sentados, compruebo que su rostro vuelva a estar expuesto a la luz del sol, como él desea.

Durante el tiempo que dura nuestra conversación, su ojo izquierdo nunca me dirige siquiera una sola mirada. De color ámbar, hace honor a su propio nombre. ¿O es tal vez al revés? Desde su translúcida profundidad emite una luz del color de la miel que lo envuelve en una intensa aura. ¿Qué circunstancias llevaron a un muchacho de mirada limpia y pura y ojos negros como el azabache a adoptar el nombre de

Ámbar? ¿No sería precisamente su nombre el responsable de que su ojo izquierdo posea una característica tan inusual?

Esporádicos paseantes nos dirigen un saludo con la cabeza, pero el señor Ámbar vuelve la mirada a los rayos del sol. Durante años y años, su ojo derecho trató inútilmente de compensar la extraña cualidad del izquierdo. Tanto esfuerzo parece haber agotado su capacidad para enfocar las imágenes. De hecho, mi reflejo aparece difuso en su superficie, como a punto de diluirse con cada parpadeo.

Empujada por el viento, una pelusa de diente de león se queda enganchada en el pelo del señor Ámbar. Al verla, alargo la mano y la desprendo con suavidad.

—Gracias —dice levemente azorado, al tiempo que las comisuras de los labios se relajan.

Nos mudamos al último de los bancos al sol. No necesitamos intercambiar ninguna señal para ello, simplemente impera la costumbre diaria. Durante el traslado de un banco a otro, permanecemos agachados. No tarda la sombra en cernirse sobre la luz, y el cielo comienza a adquirir tonalidades más densas. Tal vez se haya levantado una suave brisa, porque algunos destellos de luz se filtran entre los árboles y tiemblan sobre las briznas de hierba del jardín. Los gorriones alzan el vuelo desde la verja del ala oeste.

El señor Ámbar dirige la mirada de su ojo izquierdo de manera que le permita brillar lo más posible. Así lo hace

siempre en cada uno de los bancos que vamos recorriendo. La luz dibuja formas un tanto herméticas en su superficie ámbar y crece mi deseo por acercarme aún más para mirarlas. Llego a fantasear con que mi índice rasga el tejido conjuntivo y se sumerge en la profundidad del globo acuoso.

Pero conozco su secreto. Sé qué misterio encierra esa liviana voz que apenas alcanza sus propios oídos. Bajo los sucesivos estratos ámbar de su ojo izquierdo se esconden los únicos receptores de su voz, homúnculos a quienes dirige sus palabras. Estos, y nadie más, son los destinatarios de su susurro.

Interrumpimos nuestra conversación cuando la sombra alcanza el último de los bancos, y regresamos al edificio, caminando cogidos del brazo y atravesando el espacio de césped que nos separa de este.

—Hasta mañana —dice.

—Hasta mañana —contesto.

Nos separamos y ponemos rumbo a nuestras respectivas habitaciones.

Fue tras mudarse a la vieja casa de campo cuando la mamá empezó a utilizar tres nuevos nombres para dirigirse a cada uno de sus hijos. La casa había pertenecido al papá de los niños y había sido también su lugar de trabajo mucho tiempo antes.

—Olvidemos los nombres que hemos usado hasta ahora —propuso la mamá, tomando a cada uno de ellos de la mano. La idea hizo que en sus rostros aflorara cierta gravedad—. Si en alguna ocasión —prosiguió—, por descuido, volvéis a pronunciar los nombres que habéis tenido hasta ahora...

Un largo instante de silencio se abrió paso antes de que acertara a poner en orden sus pensamientos.

—... cada una de las sílabas que pronunciéis —continuó por fin— se transformará en una semilla que quedará encerrada en el hueco de vuestra boca y, de esas semillas, crecerán plantas llenas de espinas.

El hermano mayor se llevó las manos a la boca.

—Y las espinas se os clavarán en vuestras delicadas mejillas cada vez que vayáis a decir algo. No habrá manera de que os deshagáis de las semillas una vez que hayáis empezado a tragarlas —añadió.

—Pero... ¿por qué? —preguntó la hermana mayor, la más reservada de los tres.

El más pequeño todavía no comprendía nada de todo aquello.

—Es una maldición que ha arrojado sobre nosotros el perro demonio. Se trata de una auténtica desgracia de la que no podemos escapar —explicó acompañando sus palabras con un dramático suspiro y moviendo la cabeza de un lado a otro.



Para cada uno de los tres, la mera idea de que un ser llamado perro demonio pudiera existir destilaba extraños y terribles efluvios. En las pocas ocasiones en que habían escuchado ese nombre, el aire circundante parecía enrarecerse y teñirse de oscuras resonancias que lo envolvían. Curiosamente, el contenido de la maldición variaba según la ocasión en que la mamá lo mencionara. Unas veces consistía en que los labios se les reventarían, y otras, en que los incisivos les crecerían hasta agujerearles el mentón, y cosas parecidas. Pero lo que no variaba era la idea de que el perro demonio era la fuente inmutable de todas aquellas maldiciones. Era como si el animal estuviera constantemente acechándolos, oculto tras cualquiera de las paredes de la casa.

Así que los hermanos se vieron obligados a adoptar un nuevo nombre. A sugerencia de la mamá, los nombres serían seleccionados de entre las páginas de un libro que su papá les había enviado hacía tiempo como regalo de Navidad y que había permanecido en un extremo de la biblioteca sin que nadie le prestara atención. Se trataba de la *Enciclopedia de ciencia para los niños*.

—A ver, cerrad los ojos. No vale mirar, ¿eh?

El primer turno fue para la hermana mayor. Ni que decir tiene que no solo no hizo ninguna trampa, sino que apretó tanto los ojos que se le llenó el rostro de arrugas. Abrió la enciclopedia por una de las páginas del final y, sin dudar, con

el índice señaló una de las palabras, que resultó ser «ópalo». Sería el nombre que ella adoptaría.

—¡Qué bonito! —exclamó alegremente la mamá mientras la hija mayor observaba en silencio una piedra menuda y moteada que aparecía en una foto un poco más arriba de donde había señalado con el dedo. No sabía muy bien cómo reaccionar ante aquella piedra preciosa por la que sintió una inesperada y cercana familiaridad.

Fue el turno entonces del hermano pequeño, quien, fuera por casualidad o porque el libro se abrió con más facilidad por ese punto, se encontró con la misma página dedicada a los minerales que había elegido su hermana. Con los dedos cubiertos de baba, el pequeño señaló un ágata. Si nos atenemos a lo que mostraba la foto, la piedra tenía un aspecto más austero y menos fino que el ópalo. El niño reparó en el breve texto que acompañaba a la foto: «El nombre de esta piedra preciosa se debe al parecido que guarda con el cerebro de un caballo». Esto le provocó cierto malestar, pero tampoco debió de afectarle mucho, ya que enseguida se encaramó a las rodillas de su mamá y se puso a entonar una canción que se le daba especialmente bien.

Llegado su turno, el tercer hermano se mostró enormemente confundido. Era la primera vez que tocaba la *Enciclopedia de ciencia para los niños* y le asaltó el remordimiento de no haber agradecido nunca a su papá un regalo tan maravi-

lloso. Al mismo tiempo se sentía abrumado por la responsabilidad de tener que elegir una sola palabra de entre todas las que contenía tan grueso volumen.

Firmamento. Clima. Fauna marina. Insectos. Reino vegetal. Energía. Gases, sólidos y líquidos. El cuerpo humano... La enciclopedia se dividía en diferentes secciones y, en función de estas, el color de las páginas era distinto. El hermano mayor miraba un color tras otro y le hacían chiribitas los ojos.

Se le ocurrió que también tendría que abrir el tomo por la sección dedicada a los minerales. Pensó que tal vez no soportaría quedar separado de sus hermanos por las secciones que trataban sobre cuestiones del universo o de los fondos abisales. Si los tres no se mantenían unidos (por mucho que un nombre estuviera asociado al cerebro de un caballo), quizás podrían convertirse en presa fácil para el perro demonio. Así, procurando que la mamá no se diera cuenta, bajó la cabeza, entreabrió de manera casi imperceptible los ojos y, pese al finísimo campo de visión emborronado por las pestañas, acertó a abrir el libro por las páginas deseadas.

—Ámbar —dijo la mamá, adelantándose a su hijo.

Este abrió inmediatamente los ojos y se percató de que la sección era la que precedía a la de minerales. Había seleccionado una palabra que pertenecía a las páginas dedicadas a los fósiles.

«Oh, no», pensó. Pero ya era demasiado tarde.

—Es un nombre magnífico —dijo satisfecha la mamá mientras le acariciaba el pelo.

Esa misma noche, tras acostarse, la hermana se encargó de leerles a sus hermanos el texto explicativo correspondiente al ópalo, al ámbar y al ágata.

—El ámbar procede de la fosilización de la resina de árboles como el cedro o el pino, que, tras un proceso que dura decenas de millones de años, se solidifica hasta alcanzar la misma dureza de un mineral. Algunos de estos fósiles proceden de árboles ya extinguidos y se utilizan como elementos decorativos. En la antigüedad se pensaba que el ámbar estaba en el cuerpo de los tigres muertos hacía tiempo.

—¿Qué significa «resina»? —preguntó Ámbar.

—La resina es una sustancia como la sangre, que circula por el interior de los troncos de los árboles. Pero no es de color rojo —aclaró Ópalo, es decir, la hermana.

Esta explicación le produjo gran alivio a Ámbar: pensó que, al fin y al cabo, el ámbar era tan precioso como el ópalo o el ágata, aunque ocupara una sección diferente de la enciclopedia. Al igual que estos, su formación requería un largo periodo de tiempo y, además, lo de provenir del cuerpo de los tigres no parecía tan malo si se compara con el cerebro de los caballos. A pesar de que el hermano pequeño no podía entenderlo del todo, la hermana se afanó en leer lo más rá-

pidamente posible la frase sobre el parecido del ágata con el cerebro de un caballo.

Desde la primera noche que pasaron en el nuevo hogar, los tres hermanos adoptaron sus nuevos nombres, Ópalo, Ámbar y Ágata, sin que ello llegara a conocimiento de nadie, y, puesto que pasaban tanto tiempo entre las paredes de la casa, parecían ellos mismos ir convirtiéndose en diminutos pedacitos de ese entorno que les mantenía confinados. Ópalo tenía once años; Ámbar, ocho; y Ágata estaba a punto de cumplir los cinco.

Era hora de dormir. Cerraron las páginas de la *Enciclopedia de ciencia para los niños* y se acurrucaron los tres bajo las sábanas de una misma cama. Entrelazaron las piernas, y Ámbar y Ágata acomodaron las cabecitas entre el cuello y los hombros de Ópalo, que ocupaba el lugar central. Así pasaron cada noche a partir de entonces. Bien unidos, tratando de asegurarse de que ninguno de ellos desapareciera, arrebatado por el destino.

Años después, Ámbar se dio cuenta de lo atinada que había sido la elección de sus nombres. Si se encontraba con alguna mujer con un collar de ópalos, le venía inmediatamente a la memoria la imagen de su hermana y sentía una opresión en el pecho al percibir la templanza y la pureza del mineral, la

serena calidez que emitían sus destellos. Su hermana siempre bailaba en los recuerdos de él. La mamá estaba ausente debido a su trabajo y la niña bailaba sola en el jardín, de noche, con los pies embutidos en unas diminutas zapatillas de bailarina, el pelo recogido en una larga coleta y con un vestido que la mamá había confeccionado para ella. Daba vueltas por el jardín, haciendo un giro aquí y dando un salto allá. Evitaba pisar el lecho del estanque seco y brincaba por encima de raíces salientes. Tampoco tropezaba con las guaridas de las comadrejas. Puesto que conocía cada rincón del jardín tan bien como la palma de su propia mano, sorteaba ágilmente todos los desniveles del terreno sin dar un solo traspíés. Su actuación daba comienzo con las posiciones que había aprendido en las clases de *ballet* clásico y, poco a poco, iba introduciendo una serie de variaciones a su antojo, sin prestar mucha atención al hecho de que la corona que llevaba sujeta al pelo con una horquilla negra fuera desenganchándose y deslizándose poco a poco, o que sus mallas blancas fueran cubriéndose de tierra y polvo. Cada vez que elevaba la punta de los pies y atravesaba el aire para volver a posarse con suavidad, las alas adheridas a su espalda temblaban, y un rumor sedoso se extendía cuando la cola de su vestido rozaba alguna ramita, mientras de la espesura de la maleza salían, aquí y allá, toda una variedad de insectos que brincaban como queriendo agasajar a la bailarina con bendiciones.

El sudor del cuello y el pelo recogido en la coleta brillaban bañados por la difusa luz de la luna, que adquiriría una renovada luminosidad al mezclarse con su cálido aliento y se extendía en derredor, llenando de claridad la oscuridad. Era como el propio ópalo, cuya composición de sílice, a pesar de su naturaleza incolora, le permitía captar las tonalidades circundantes y devolverlas de nuevo al exterior, lanzándolas en forma de abanico multicolor. Para ello, Ópalo buscaba los movimientos serenos y evitaba cualquier atisbo de brusquedad, dibujando formas con la suavidad de quien se desenvuelve sobre una superficie lisa e ilimitada de agua.

Ámbar y Ágata contemplaban a Ópalo desde la ventana de la habitación, cogidos de la mano, y el jardín se les presentaba ante los ojos como un lugar mucho más extenso de lo habitual cuando Ópalo realizaba su danza. Para niños de tan corta edad el jardín ya era de por sí enorme, pero este se hacía aún más profundo al llenarse de las vueltas y de los pasos de ella con su delicada y elegante espalda, las piernas rectas y las puntas de los pies ligeras, que, como queriendo asirse al aire, se abrían paso entre las hojas secas del suelo, esparciéndolas. Parecía formularse entonces una especie de conjuro que hacía aflorar el espacio hasta ese momento oculto más allá de las sombras. La figura de Ópalo se alejaba, alguna que otra vez, hacia la pared de ladrillo cubierta por una frondosa y alta hilera de olmos, y entonces a los dos hermanos les

invadía la zozobra de si ella tal vez acabaría desapareciendo al otro lado del muro. Ópalo siempre regresaba al centro del jardín, lo que suponía un alivio para sus hermanos. Tanteaba los límites de aquel universo en miniatura con la punta de los pies, pero nunca parecía que acabara precipitándose al otro lado. Para conservar la estructura del sílice, ponía todo su empeño en seguir las normas dictadas por su mamá. No había nada que temer.

Acompañando las evoluciones de Ópalo, Ágata entonaba alguna canción creada por él mismo y, sin que su voz pudiera llegarle a Ópalo, los movimientos de esta y la melodía entonada por él coincidían y se entrelazaban a la perfección. Un aumento en el dinamismo de los gestos de ella iba unido a un mayor brío en las notas que componían la melodía. Al *tempo vivace* y chispeante que correspondía a un salto triunfal sobre las aguas de un estanque de montaña le sucedía, por ejemplo, un *adagio* sostenido, pausado y sereno. Ágata improvisaba e iba hilvanando, una tras otra, melodías nunca antes escuchadas, pero que se ajustaban perfectamente a la danza de Ópalo, a pesar de las obvias limitaciones en el conocimiento del léxico y de las referencias musicales que su corta edad le imponía. De hecho, pasaba más tiempo cantando que hablando; ordenaba notas cuyo brillo fluía sin descanso y se perdían en la lejanía sin haber siquiera rozado los oídos de otras personas.



De los tres hermanos, era sin duda Ágata quien más lejos conseguía llegar con la imaginación. A diferencia de sus hermanos, limitados entre los confines de las paredes, Ágata cabalgaba las melodías que él mismo componía y manejaba sus riendas, como las de un caballo, para saltar aquel muro que los separaba del mundo exterior y recorrer los espacios que se extendían al otro lado, reflejando en las notas musicales sus desconocidos paisajes.

Por fin, Ámbar reparó en que aquella piedra preciosa con aspecto de cerebro de caballo encerraba una profunda conciencia en los pliegues de sus irregulares circunvoluciones, y no volvió a sentir repulsión ante su imagen. Más vulnerable que Ópalo y Ámbar, Ágata escondía agazapada en su interior una agudeza mayor y más afilada que le permitía rasgar limpia y fácilmente todo aquello que, como los árboles y la pared de ladrillo, se interponía entre ellos y el mundo exterior.

Arrodillada a los pies de la mimosa que extendía sus ramitas desde el centro del jardín hacia todas las direcciones, Ópalo puso fin a la danza. En algún momento, Ágata se había quedado en silencio y él y su hermano, sacando las manitas por la ventana, le ofrecieron a Ópalo un aplauso mudo, y ella, sujetando el borde de la falda con los dedos, hizo una reverencia de agradecimiento, tal y como una bailarina profesional lo hubiera hecho. Era una noche sin nada de viento, pero daba la impresión de que el baile de Ópalo había

hecho vibrar la oscuridad circundante, porque algunas flores de mimosa, completamente abiertas, se le habían quedado adheridas en el pelo. Cada vez que volvía a hacer una inclinación de agradecimiento por el aplauso que se prolongaba sin fin, algunas de las flores de mimosa se desprendían de su largo cabello y caían al suelo caracoleando. Las costuras del vestido se habían abierto y los lazos anudados a las zapatillas de baile se habían desatado. La rasgada punta de estas estaba empapada en sangre.

Ámbar seguía temiendo que se le olvidase su nombre de pila. El verdadero. Cuanta más precaución ponía en ello, más caprichoso le parecía el movimiento de su propia lengua y más veces se veía en la circunstancia de tener que sujetar aquella palabra que parecía escaparse de sus labios. Su mayor preocupación era hablar durmiendo. En cuanto le vencía el sueño, le parecía escuchar sonidos cuya causa, muchas veces, no era sino el simple roce del pelo de Ágata sobre sus pabellones auditivos. También se daba cuenta de que Ópalo no dormía, aunque tuviera los ojos cerrados.

Fuera como fuese, el caso es que Ámbar tenía una misma pesadilla recurrente: las espinas se le clavaban en el interior de la boca y le hacían sangrar profusamente. La pesadilla parecía tener el propósito de arrancarle fieramente el fruto

maduro de sus labios, que, como perlas rojas de granada, reventaba al abrirse. A pesar del miedo, en algún lugar recóndito de la psique de Ámbar permanecía oculto el anhelo de sentir el tacto de las raíces de zarza surgiendo de las semillas y abriéndose paso. Tal vez no pasaría nada por tragar solamente una de aquellas semillas de granada.

Un día Ámbar cogió en secreto una muñeca de lana con la que Ópalo jugaba y a la que tanto cariño le tenía la niña. Entonces, se encerró en el estudio de su papá con la muñeca dispuesto a llevar a cabo cierto experimento. Notó un desagradable olor al entrar en la polvorienta estancia. Sobre una de las paredes, había estanterías atestadas de libros, y las contraventanas debían de haber permanecido largo tiempo cerradas, porque el moho se acumulaba tanto entre las juntas del papel de las paredes como sobre algunos cojines que por allí había y en la pantalla de una lámpara.

La muñeca que sujetaba Ámbar entre las manos había sido confeccionada por la abuela, ya difunta, con lana sobrante de la ropa de bebé que ella misma le había hecho. Desde luego, ni con toda la buena fe del mundo habría podido decirse que el resultado había sido satisfactorio. De su lánguido cuerpo ocre terroso colgaban unas largas e inertes extremidades, y sus ojos eran dos simples botones sin párpados. En general, toda ella transmitía un aire lastimoso que contrastaba con la expresiva vivacidad de la niña cuando esta

la sostenía entre los brazos. La única razón por la que Ámbar había elegido la muñeca para realizar su experimento eran los labios de esta. La abuela se había molestado en añadir un bordado de hilo rojo alrededor del hueco de la boca a modo de labios. Más que rojo, era un color escarlata tan vivo como el de las semillas de la granada.

Ámbar quitó algo de moho de los cojines y tumbó la muñeca sobre estos. Tiró de sus labios y los aflojó, como moldeándolos para obligarla a decir su auténtico nombre, aquel que tenía antes de convertirse en Ámbar. La muñeca susurró el nombre original, prohibido por la mamá. Esta no se daba cuenta de la trascendencia de lo que acababa de hacer y se limitaba a mantener la mirada fija, abriendo los ojos todo lo que podía.

Ámbar esperó a ver qué pasaba. Observaba a la muñeca con la respiración contenida, sin apenas atreverse a parpadear. Sin embargo, el tiempo pasaba y nada sugería que la maldición del perro demonio estuviera surtiendo efecto. Nada anormal sucedía. Ni se le reventaban los labios ni le empezaban a surgir tallos de la boca. Se preguntó si la maldición no sería efectiva en las muñecas y, tomándola en las manos, la levantó de los cojines. Una lámina de moho había quedado adherida a su espalda, confiriéndole, si cabe, un aire aún más enfermizo. Puesto que ese era el único cambio constatable, Ámbar, decepcionado, decidió volver a guardarla en

la misma caja de los juguetes de Ópalo de donde la había sacado.

En los días siguientes, Ámbar siguió prestando especial atención a la muñeca. La observaba cuando Ópalo jugaba con ella como de costumbre y le hablaba antes de acostarse, ajena a la mancha de moho de la espalda. No le quitaba ojo tampoco cuando Ópalo la sentaba en la silla a modo de espectadora de sus bailes. Durante esos momentos, Ámbar no desviaba la vista de los labios de lana.

Sin embargo, poco a poco fue surgiendo en él un nuevo temor. Siempre atenta y obediente a las instrucciones de su mamá, Ópalo seguía mimando a la muñeca, sin sospechar que esta había pronunciado el antiguo nombre de Ámbar, rompiendo así la estricta regla impuesta por la mamá. ¿Hasta qué punto habría temblado aterrorizada Ópalo si hubiera sabido que la muñeca que sostenía entre los brazos había sido víctima de la maldición del perro demonio? ¿Acaso el temible can involucraría también a Ópalo junto con la muñeca? Era posible que el perro demonio se sintiera insatisfecho con unos simples labios de lana y exigiera unos verdaderos.

Convencido de que había puesto en marcha algo que no tenía rectificación, llegó un momento en que no pudo soportar más ver a su hermana cuidando de la muñeca. Si seguía permitiéndolo, quizás ocurrirían cosas aún más terribles. Así que, en un descuido de Ópalo, Ámbar volvió a

coger la muñeca y corrió hacia los olmos del jardín con la intención de lanzarla al otro lado del muro. Ciertamente, le asustaba la idea de acercarse él solo al límite del jardín, pero no podía arredrarse en ese momento.

Para un niño de ocho años, el muro se antojaba de una altura desmesurada. Los ladrillos que lo constituían estaban cubiertos de la fría aspereza del líquen y del color verdoso del musgo. Además, la frondosidad de las ramas impedía ver el cielo y dificultaba la tarea. Ámbar lo intentó varias veces sin éxito: a pesar de todo el ímpetu que ponía en cada lanzamiento, la muñeca acababa chocando con alguna rama. El vuelo de la muñeca se limitaba a una insuficiente parábola que se interrumpía justo antes de alcanzar su objetivo y terminaba cerca de los pies de Ámbar. A medida que una mezcla de moho y tierra iba cubriendo y ensuciando el cuerpo de la muñeca, el abatimiento iba haciendo mella en el niño. Los aflojados labios lanudos de la muñeca habían perdido su forma. Cuanto más apremiado se sentía Ámbar por el temor a ser descubierto por su mamá y por Ópalo, tanto más inútiles se tornaban sus esfuerzos y más parecía forcejear la muñeca, moviendo frenéticamente brazos y piernas.

Por fin, tras tomar carrerilla e imprimir tanta fuerza en el lanzamiento que parecía que él mismo fuera a salir volando por encima del muro, la muñeca se enganchó en una de las ramas. Ámbar probó entonces a zarandear el tronco,

sin el menor resultado. Agotadas las posibilidades, decidió descansar. Dejó los brazos inertes colgando sobre los costados y abrió algo las piernas, como para asentar mejor su posición. Así, de pie, se quedó un rato ensimismado, con la vista puesta en las alturas. Sobre su cabeza, la muñeca permanecía inmóvil, enganchada en la punta de una rama, casi atravesada por esta. Ahora sí se había convertido en la víctima de un sacrificio. Ámbar no veía el modo de poner fin a aquello y no le quedó más opción que la de alejarse de allí.

Curiosamente, no fue Ópalo quien se mostró inquieta y alterada por la desaparición de la muñeca. Fue la mamá.

—¡Se la han llevado! Ha vuelto a pasar... —murmuraba una y otra vez al tiempo que revolvía cada rincón de la casa buscándola.

Cuando, por fin, rendida, se dejó caer en el suelo, su voz se había transformado en algo parecido a un desolado gimoteo. Ámbar, por su parte, no se sentía con el coraje suficiente como para contar lo ocurrido.

—Otra vez... Otra vez perdemos a uno de nosotros —sollozaba la mamá.

—No es más que una muñeca —trató de consolarla Ópalo—. ¡Una vieja muñeca de lana!

—Pero no volverá...

—Tranquila. Ya he cumplido once años y he dejado de jugar con ella. Se habrá marchado. Así de sencillo.

—Estoy segura de que se ha metido en algún escondrijo, un pasadizo secreto, tal vez. Hemos de estar pendientes de que las ventanas queden bien cerradas —dijo la mamá.

—Tranquila... —insistió Ópalo, completamente serena.

Cierta desazón se adueñó de Ámbar al percatarse de que por entre las cortinas de la ventana alcanzaba a verse un poco de jardín: los olmos se dejaban abrazar por los arboles del atardecer, diluyendo la posibilidad de que pudiera verse el lugar donde había quedado enganchada la muñeca.

—Quizás se haya sacrificado por nosotros —sugirió Ópalo, bajando aún más la voz—. Era nuestra amiga y es posible que haya ido al encuentro del perro demonio, a cambio de cualquiera de nosotros.

La mamá hizo un esfuerzo por decir algo, pero de su garganta solo logró salir una especie de ronquido.

—El pasadizo secreto es tan estrecho que en él solo puede adentrarse alguien del tamaño de una muñeca —añadió Ópalo—. Nosotros tres estamos a salvo, puesto que somos mucho más grandes y no cabemos.

Ópalo parecía haber comprendido el significado de la desaparición de la muñeca. La idea de que esta se hubiera internado a través del pasadizo permitía descartar la sospecha de que la hermana hubiera presenciado todo aquello que Ámbar se había traído entre manos. La niña no mostraba ninguna frustración por la pérdida del preciado juguete,



pero esto tampoco implicaba necesariamente una total indiferencia por su parte. En cualquier caso, Ópalo parecía haber captado y asumido el destino de la muñeca.

Como acertadamente había sugerido la niña, la muñeca cumplía ahora el papel de una especie de talismán que sellara el pasaje secreto del perro demonio. Lo hacía inmóvil, en aquel elevado lugar, ajena a los zarandeos del viento y a los picotazos de algún que otro bulbul de orejas marrones, vigilando aquella porción de cielo que se extendía al otro lado del muro del jardín. Cuando llegaba el otoño y el olmo perdía sus hojas, la muñeca quedaba oculta entre la sombra de las ramas, y, cuando salían nuevas hojas en primavera, se cobijaba debajo de estas. El rigor del clima, la lluvia, la nieve y el sol fueron poco a poco deshilachando sus brazos y sus piernas. El viento se encargó de arrancarle todos aquellos manojos de hilos colgantes, al igual que hacía con las hojas secas del olmo.

De vez en cuando, Ámbar se acercaba a echar un vistazo. De pie, bajo las ramas del olmo, contemplaba la transformación a la que poco a poco se veía sometida la muñeca, cerciorándose de que el pasaje del perro demonio permanecía bloqueado. Con el tiempo, la muñeca acabó perdiendo por completo su forma original hasta quedar reducida a un amasijo de lana indistinguible de cualquier protuberancia en una rama o de los restos de un nido abandonado. A pesar de ello, la muñeca no se alejó nunca de su puesto: permaneció

en él cumpliendo su misión hasta el día en que los niños por fin sortearon el muro para salir al mundo exterior.

Poco después de aquel suceso, Ámbar olvidó su nombre original, lo cual le permitió dejar de sujetar la lengua y abandonar la preocupación de hablar en sueños. Aún hoy, sigue sin recordar su nombre.

Pero tres no había sido siempre el número de hermanos. Antes de mudarse al caserón, había habido otra niña además de Ópalo: la benjamina. De hecho, todo empezó con la muerte de la más pequeña. Sucedió que, cierto día poco después de su tercer cumpleaños, la niña jugaba en el parque con sus hermanos cuando un perro vagabundo que por allí pasaba se acercó y le lamió la cara. Al día siguiente, le dio una fiebre alta y fue progresivamente empeorando hasta morir. Así fue. En un abrir y cerrar de ojos. El médico dijo que había sido una neumonía, pero la mamá no se tomó la molestia de saber en qué consistía exactamente eso.

—Ha sido un perro vagabundo. Ha sido la lengua del perro —le repetía la mamá insistentemente al médico, haciendo caso omiso a las refutaciones de este—. Mire, por favor, ¿no ve esta señal rojiza en la mejilla? Es justo el lugar donde la lamió el perro —se empecinaba en afirmar al tiempo que señalaba con el dedo el área de la mejilla enrojecida por la fiebre.

Parecía que lo que más le interesaba era lo que había hecho el perro y no la enfermedad de la pequeña—. ¿Ve? Tiene la forma de la lengua de un perro sarnoso, tan enorme como para cubrir toda la cara... —se obcecaba en decir, pese a la cada vez más patente desesperación del médico, que le dirigía fulminantes miradas de hastío, dispuesto a poner fin a todo aquello.

Desde entonces, siempre que se refería a la pequeña, lo hacía del siguiente modo:

—Pobre niñita, caída muerta por el vil lametazo de un perro vagabundo.

La familia al completo se encontraba en el parque cuando sucedió. Ambas hermanas, Ópalo y la benjamina pasaban el rato confeccionando collares con los tréboles que recogían, mientras los dos chicos ponían en práctica su capacidad para dar volteretas. ¿De dónde había salido aquel dichoso perro moteado de marrón oscuro, rabo fino, orejas caídas y sin pedigrí alguno? Tan flaco era que se le marcaban las costillas. Entró decididamente en escena sin que nadie lo hubiera advertido antes; pasó de largo ante los dos niños hasta llegar donde se encontraba la hermanita; ante ella se detuvo y ni corto ni perezoso le estampó un único lametazo en el rostro. Podía haberse acercado a cualquiera de los hermanos, pero se dirigió hacia la pequeña sin vacilar en absoluto y con total serenidad, como cumpliendo un plan concebido de antemano. Tampoco se percibió en el perro ningún ademán de lanzarse

sobre ella o morderla; al contrario, parecía comportarse con perfecta educación y respeto. Eso sí, su considerablemente larga y gruesa lengua no encajaba con su pobre estampa. Su pálido color rosado y la textura aceitosa se le quedaron impresos a Ámbar por alguna razón desconocida. La hermanita se quedó observando al can, agarrando con una mano el collar de tréboles sin llegar a comprender qué era exactamente aquello que acababa de ocurrir.

Al momento, un alarido proveniente de la garganta de la mamá surcó el espacio, y, nada más llegar hasta donde se encontraba la niña, le estampó tal puntapié en pleno vientre al animal que este salió despedido por los aires dejando escapar un fuerte chillido. Los niños lo siguieron con la mirada, sorprendidos de que un perro fuera capaz de volar tan alto. El animal cayó al suelo junto al zapato de piel de la mamá, el mismo que le había propinado la patada. Algunas personas se acercaron alarmadas por el bullicio, pero solo vieron a dos niñas y dos niños con expresión atónita, la madre de estos que daba saltitos para acercarse a recoger el zapato, y un perro tendido en el suelo.

Entre el perro y la neumonía de la niña no había relación causal, pero el día siguiente a la anécdota del lametazo marcó para toda la familia el comienzo de un nuevo rumbo sin retorno. Como envuelta por el lengüetazo y arrastrada por la oscuridad, la benjamina, que no paraba de imitar a Ópalo y a la que le encantaba parlotear —cosa que hacía con

especial talento—, falleció al amanecer. Todo esto ocurrió antes de que pudiera compartir con el resto de sus hermanos la experiencia de recibir un nuevo nombre al señalar con el dedo uno de los minerales ilustrados en las páginas de la *Enciclopedia de ciencia para los niños*.

—Ha llegado el momento de la despedida —dijo el oficiante en el funeral.

Apremiados por este, los niños fueron acercándose por turnos al féretro para dar el último adiós a la hermana pequeña, envuelta en flores y en una fina capa de hielo seco. Ámbar acercó el rostro al de la niña. A causa de las flores que cubrían las mejillas, no había ya manera alguna de adivinar si aquella marca que ocultaban se correspondía o no con la forma de una lengua canina. Ámbar únicamente percibió un olor muy tenue y se preguntó si provendría de la saliva de aquella lengua. Por su parte, Ágata, llevado por cierto nerviosismo, había comenzado a dar vueltas alrededor del féretro. Ópalo lo tomó en brazos. El pequeño gimoteaba y lloriqueaba. Más tarde, cuando Ámbar trató de recordar la imagen de su mamá durante el funeral, no lo logró. Lo normal es que hubiera estado junto a ellos, pero también creía posible que se hubiera retirado a algún lugar apartado en busca de intimidad. Lo único que Ámbar recordaba era la preocupación de que Ágata pudiera golpearse la cabeza con alguna de las esquinas del ataúd

mientras corría descontrolado y el desasosiego que le había producido el olor de la lengua del perro vagabundo.

De regreso a casa tras el funeral y al atravesar el parque por la puerta trasera, se toparon con el cadáver del perro. Estaba tendido bajo la húmeda sombra de la pequeña caseta de la bomba centrífuga del agua, con las cuatro patas tiesas. La lengua, seca y de un extraño color, le sobresalía por la boca entreabierta. Ámbar no dudó un instante: se trataba del mismo perro que había lamido el rostro a la hermana pequeña. Su vientre mostraba la marca dejada por el zapato de la mamá. La zona se había tornado parduzca, tal vez debido a una hemorragia interna, y el color se extendía por sus marcadas costillas como un estampado horroroso, mucho más nítido que la marca que, según la mamá, había dejado la lengua del animal sobre la mejilla de la hermanita. Afortunadamente, los únicos en reparar en el cuerpo sin vida del perro fueron Ámbar y Ópalo, quienes optaron por permanecer en silencio y alejarse del lugar con la mayor premura posible, ya que no estaban muy dispuestos a ser testigos de posibles nuevas represalias por parte de su mamá.

No transcurrió demasiado tiempo antes de que los cuatro miembros restantes de la familia emprendieran un viaje. Un viaje sin retorno para soportar la existencia en un mundo sin la hermanita.